



RECENSIÓN

Luis Pablo Francescutti, *Historias del futuro. Utopías y distopías después de la pandemia*, Granada, Ed. Comares, 2021 (198 págs.)

Miguel Martín

<https://orcid.org/0000-0003-0834-1064>

kmiguelmartink@gmail.com

Grupo Diacronía, España

Este libro tiene un valor doble para mí. Por un lado, lo considero valioso por el tema sobre el que versa: el futuro. Por otro, por quien lo escribe: Pablo Francescutti, antiguo compañero del GESC, grupo fundado por el semiólogo Jorge Lozano y con quien ambos crecimos profesional y humanamente en la Academia. Durante etapas distintas, sí; pero con dificultades comunes. El asunto que aborda este volumen no es nada nuevo para su autor. Además de haber dedicado numerosos artículos de investigación y divulgación a esta cuestión, centró su tesis doctoral, allá por el año 2000, en la construcción social del futuro. En ese sentido, por medio de esta obra Francescutti revisita su propia labor investigadora y actualiza su mirada a la luz de los nuevos acontecimientos, una mirada que se complementa de forma poderosa e intuitiva con reflexiones que han nacido recientemente de la cultura popular, como la propuesta conceptual de Los Chikos del Maíz en su último disco, que precisamente se titula *Yes future* (2022).

La predicción sobre el futuro siempre ha centrado el interés de sociedades y civilizaciones, y este libro lo ilustra perfectamente a través de un largo y pormenorizado recorrido donde se muestran distintas formas y modos en los que el ser humano se ha enfrentado al porvenir. Además, como señala su autor, atender a las historias sobre el futuro tiene un gran interés social, ya que su formulación, como diría Jorge Lozano (2021), puede tener un efecto performativo sobre el transcurso de los acontecimientos e influir sobre el proceso histórico. En función de cómo nos imaginamos el futuro, de lo que deseamos, de lo que tememos, de lo que predecimos o de lo que descartamos, tomamos decisiones en el tiempo presente que, a su vez, pueden influir de forma determinante en la configuración del mundo del mañana.

Como se destaca en este ensayo, «en condiciones normales, nuestra vida discurre conforme a un cronograma de predicciones de seguro cumplimiento [...] hasta que un hecho excepcional los cancela» (Francescutti, 2021: 2) y se inaugura, dicho en términos lotmanianos, un escenario de imprevisibilidad donde la lógica causal da paso a la casualidad (Lotman, 1993), es decir, donde la historia deja de ser vista como una concatenación de sucesos definidos por la causalidad y nos enfrenta a nuevas encrucijadas¹. En estas circunstancias, tiende a instalarse la incerteza en nuestras sociedades y, con ello, la necesidad de querer conocer y reformular el futuro. El modo de tratar de averiguarlo y predecirlo, como se revela en este volumen, ha sido muy variopinto a lo largo de los siglos.

En Sumer, por ejemplo, monarcas y sacerdotes se esforzaban por leer el porvenir de su pueblo en las vísceras de animales. Los griegos, firmes creyentes en el destino, consultaban a los oráculos. Y los romanos, a los augures, quienes a través de sus auspicios presagiaban lo que podía ocurrir. El pueblo judío, por su parte, no creía que el futuro estuviese prefijado. Para ellos lo que pudiese suceder o no dependía de si se cumplía con los compromisos contraídos con Yaveh: si no se cumplía con Dios, Dios tampoco cumpliría con su pueblo. El cristianismo, heredero de la tradición judía, universalizó la promesa de un mundo justo a todo el género humano, aunque con el triunfo de la Reforma las sociedades protestantes asumieron una teoría renovada de la predestinación según la cual la riqueza adquirida en el mundo terrenal era signo de que la gracia de Dios acompañaba a esa persona. Un acicate fundamental para justificar la economía capitalista y el éxito de la burguesía sobre otros estamentos sociales.

Pasados los siglos, lo que en la mitología romana se identificó con la diosa Fortuna fue sustituido por el azar y comenzó a tomar forma la teoría de la probabilidad, cuyo fundamento es el de tratar de hacer predicciones plausibles sobre la base de una determinada información de partida extraída de la observación y de la identificación de regularidades. Simultáneamente se desacralizó el cielo: al contrario de lo que planteó Aristóteles, la esfera celeste dejó de considerarse inmutable y comenzó a analizarse, siguiendo los parámetros cartesianos, como un dispositivo mecánico.

Con la llegada de la Ilustración, el futuro comenzó a leerse como un escenario abierto que escapaba a las fuerzas del destino y de la providencia. Se formulaban utopías que se trasladaban a un tiempo futuro y filósofos como Kant fantasearon con una paz perpetua entre todas las naciones. Para los ilustrados la historia se concebía como un tránsito

¹ El semiólogo Yuri Lotman describe así a Clío, musa de la historia: «Clío se presenta no como una pasajera de un vagón que rueda por los rieles de un punto a otro, sino como una peregrina que va de encrucijada en encrucijada y escoge un camino» (Lotman, 1998: 254).

de lo imperfecto a lo perfecto y, a diferencia del mundo antiguo, se consideraba que el proceso histórico no era estático, sino que estaba en constante movimiento. Ahora bien, como propugnaban pensadores como Marx, el establecimiento de sistemas políticos justos no vendría por sí solo. Según sus planteamientos, era necesario involucrarse en la acción terrena e intervenir en la historia para abreviar los sufrimientos del conjunto de la humanidad.

Frente al optimismo tecnocientífico, surgieron las distopías, un género que se formula sobre la base de que el futuro, lejos de tener que ser mejor que nuestro presente, puede resultar más inhóspito. Muestra de ello, la aparición de los totalitarismos del siglo xx. En este mismo siglo apareció en escena la figura del futurólogo, que, como el astrólogo en la Edad Media, se encargaba de especular sobre el porvenir y de plantear distintos escenarios más o menos posibles, probables o preferibles, siempre con la convicción de que el futuro nunca podía predecirse completamente. La futurología se desarrolló fundamentalmente como disciplina vinculada al pronóstico militar y el pensamiento estratégico.

Y con el presente siglo llegó el *big data* y la predicción de escenarios sobre la base del almacenamiento de datos. Según este planteamiento, cuantos más datos se puedan procesar sobre un asunto, menos margen de error habrá en lo que se prediga. Premisa sobre la que el autor se pronuncia y considera errónea: «El empirismo que todo lo reduce a correlaciones y patrones numéricos olvida que los programas informáticos los manejan humanos que les infunden sus sesgos y presupuestos teóricos, o su ignorancia» (Francescutti, 2021: 83). Al calor del *big data* también han surgido nuevas utopías que promulgan la circulación sin trabas de información y que sostienen que cuanto más información tengamos a nuestra disposición, más empoderados estaremos. Unido al desarrollo tecnológico también ha surgido otro tipo de teorías como la transhumanista, que postula que la condición humana no es inmutable y puede hibridarse con las máquinas. Al respecto, teóricos como Harari predicen que este escenario traerá consigo más desigualdad social, ya que establecerá una división más acentuada entre aquellos que puedan permitirse esa hibridación y el resto de la especie de los *sapiens*.

Por otro lado, tal y como se señala en este volumen, las predicciones son parte intrínseca de la Economía y, como dice el autor, los economistas han asumido muchas veces el papel de «pitonisas». Ahora bien, siguiendo los planteamientos de Keynes, el determinismo económico es más que cuestionable, ya que lo que domina el mundo social no son las regularidades, sino la incertidumbre: «La economía se rige por complejas interacciones entre sus agentes y el individuo no siempre actúa de un modo racional» (*ibid.*: 103). En ese sentido, el mundo económico muchas veces está más dominado por

las expectativas que por las condiciones objetivas que nos circundan. Prueba de ello es el funcionamiento de la Bolsa.

Y si de futuro se trata, hoy en día ha tomado gran relevancia la meteorología, cuyos pronósticos nos ponen frente al reto de abordar urgentemente el cambio climático y la crisis ecológica que estamos padeciendo. En estas circunstancias han tomado fuerza propuestas como la del «desarrollo sostenible», que parte del principio de que, para satisfacer las necesidades presentes, no debemos comprometer las necesidades de las futuras generaciones. O, dicho de otro modo, nuestra responsabilidad como sociedad no sólo se circunscribe a nuestros actos pasados, sino también a los efectos que nuestras formas y estilos de vida pueden tener el día de mañana. En ese sentido, se ha comenzado a hablar de justicia intergeneracional, así como de la necesidad de planificar de qué modo podemos garantizar nuestro bienestar sin lastrar el de las generaciones que están por venir.

En la parte final de este libro, Francescutti se refiere al papel que juega la Sociología en la exploración del futuro y destaca que «la sociedad se ha demostrado infinitamente menos predecible que la lluvia, los cometas y la migración de las aves» (*ibid.*: 145). Al respecto, cuando se detiene en lo que él denomina «profetismo demoscópico», señala que los sondeos de opinión son muy poco fiables porque «la opinión no es un ente medible y pesable como una patata; antes bien, es un fenómeno discursivo muy volátil, apenas aprehensible y muy influenciado» (*ibid.*: 146). Por ese motivo, cuando partidos políticos y medios de comunicación encargan encuestas no lo hacen tanto con el propósito de extraer cuál es el estado de opinión de la ciudadanía, sino con el fin de incidir en las motivaciones del electorado.

Por último, me gustaría destacar de este volumen el fragmento dedicado a la dimensión política del futuro, ya que, como se destaca cuando se cita a Barbara Adam, el futuro no es algo ficticio o imaginado, «integra el presente de manera latente, como una realidad dinámica en la que estamos inmersos y creamos continuamente con nuestros actos» (*ibid.*: 148). Si asumimos esta reflexión, debemos atender a una ética de la acción que analice el despliegue temporal de los efectos que tiene nuestro modo de actuar y nuestras decisiones presentes. En ese sentido, utopías y distopías juegan un papel fundamental, dado que nos posibilitan pensar en escenarios futuros capaces de movilizar a distintos actores de nuestra sociedad en función de una serie de principios y programas narrativos concretos.

Hoy, sin embargo, como señala Francescutti, el malestar social que se ha instalado en nuestras sociedades brota, en buena medida, de la incapacidad de atisbar alternativas (*cfr. ibid.*: 167). Según el autor, faltan sueños convincentes y bien articulados. Es decir, relatos que generen adhesión en la población y los involucren dentro de un proyecto que entusiasme e ilusione. Al respecto, se menciona como un buen intento de utopía la pro-

puesta del Gobierno de Pedro Sánchez de apostar por una «transición energética»; con ella se postula que, si se implementan tecnologías verdes y formas de consumo responsable, se podría llegar a conciliar los intereses de las empresas con el de los trabajadores y el cuidado del medio ambiente. Ahora bien, para que esto triunfe y recabe más adhesión de la ciudadanía, según el autor, «se necesitarán proyectos con una superior fuerza persuasiva» (*ibid.*: 180).

Y es que, como hemos señalado desde Diacronía², desde la llegada de la posmodernidad y la desaparición de los grandes relatos, lo que se postulaba como una gran liberación del individuo ha derivado en sociedades más atomizadas e incapaces de cohesionarse en torno a un proyecto de progreso común. Por ejemplo, si pensamos en la Unión Europea, cuyo proyecto se basa en una serie de valores fundamentales como la dignidad humana, la libertad, la democracia, la igualdad, el estado de derecho o los derechos humanos; hoy en día —lejos de que exista un gran relato que aúne a la ciudadanía en torno a esos elementos— nos encontramos con un individualismo exacerbado y con alternativas políticas que, a pesar de constituirse apelando a ciertos sentimientos comunitarios, apenas llegan a institucionalizarse sobre la base de discursos fugaces. Nos encontramos con una Unión Europea que, pese a que se encuentra en un momento crucial y decisivo en ámbitos como la geopolítica, la economía o el modelo energético, no logra ni entusiasmar ni tampoco generar un programa narrativo que interpele e involucre al conjunto de los Estados que la conforman, que sea coherente con los valores con los que se fundó y que ofrezca a las personas que la habitan la oportunidad de formar parte de un proyecto de vida común más allá de la fragmentación social en la que vivimos instalados. Sin duda, estamos faltos de futuro, y la propuesta de Pablo Francescutti es un buen aliciente para que asumamos el deber de retomar la tarea de reflexionar hacia dónde nos queremos dirigir y de qué modo. Hoy, de nuevo, el futuro vuelve a ser un tiempo de la historia.

BIBLIOGRAFÍA

Fior, A. y Martín M. «El fin de los grandes relatos: ¿un mal presagio?» (13/08/2022). InfoLibre: https://www.infolibre.es/opinion/blogs/semiosfera-digital/grandes-relatos-mal-presagio_132_1297392.html

² «El fin de los grandes relatos: ¿un mal presagio?» (Asja Fior y Miguel Martín), artículo publicado en InfoLibre (13/08/2022): https://www.infolibre.es/opinion/blogs/semiosfera-digital/grandes-relatos-mal-presagio_132_1297392.html

- Francescutti, L. (2021). *Historias del futuro. Utopías y distopías después de la pandemia*. Ed. Comares.
- Lotman, Y. (1993). *Cultura y explosión: Lo previsible y lo imprevisible en los procesos de cambio social*. Gedisa.
- (1998). *La semiosfera II: Semiótica de la cultura, del texto, de la conducta y del espacio*. Frónesis Cátedra.
- Lozano, J. y Salerno, D. (2021). «Futuro. Un tempo della storia», en *Futuro. Un tempo della storia* (Lozano, J. y Salerno, D., eds.). *Revista Versus*, 131.